

fice, el Sr. León XIII. Salimos de este lugar llenos de tristeza, pues nunca volveríamos á disfrutar de tanta satisfacción, cómo en la presente ocasión.

Era la una, y nos fuimos á tomar alimento, citándonos en la tarde para visitar algunas otras iglesias que nos faltaban, re-servándonos los monumentos profanos para nuestro regreso de Jerusalem, á donde con el favor de Dios, dentro de muy pocos dias partiríamos. Así es que cada uno de los peregrinos, alegres y contentos nos fuimos dirigiendo á nuestros alojamientos para tomar algún descanso y proporcionar al cuerpo algunas fuerzas por medio del alimento.



CAPITULO DECIMO SEXTO.

Basilicas de Santa Julia y San Esteban.—Iglesia de San Roque.—Estatua de Garibaldi.—San Pedro in montorio.—Templo de Bramante.—Fontana Paulina.—Puerta de San Pancracio.—Academia Española.—Escalera del Vaticano.

NO queriendo desaprovechar el poco tiempo de que podíamos disponer, ordenó el Sr. Dr. Ruiz que en la tarde fuésemos á visitar las *Basilicas de Santa Julia y San Esteban*, salvo que el agua atrevida nos lo impidiera. En esta inteligencia nos fuimos despidiendo y retirando con el debido permiso de nuestro capitán.

Era de verse aquel movimiento que se notaba en la plaza del Vaticano, con tanto co-

che que iba y venía, y con mucho cuidado teníamos que ir por nuestro camino, á fin de no ser atropellados.

Después de comer nos fuimos, según costumbre, á buscar é incorporarnos con el renombrado señor doctor, á fin de dar cumplimiento á nuestra cita,

Sólo le saludamos y nos pusimos en marcha á la *Basilica de Santa Julia*, la que fué fundada por Julio César en el año 46 de la éra vulgar. Averiguado está que sólo la comenzó y Augusto se encargó de llevarla á feliz término, habiendo sido dos veces destruida por voraces incendios. Su pavimento está muy bien conservado, y el que se encuentra en gran parte, cubierto de mármoles de diferentes colores. Sin otra cosa particular que pudiéramos ver, nos salimos para visitar lo que habíamos señalado en nuestro itinerario del día.

La *Basilica de San Esteban* toma su nombre de este glorioso mártir á quien está dedicada. A fines del siglo IX amenazaba ruina, y con sumo esmero los romanos Pontífices procuraron su conservación. En su origen fué mandada construir por Demetria, virgen romana, quien la consagró á la memoria y

culto especial de este primer mártir del cristianismo. En otro tiempo era una de las más ricas y hermosas de Roma, según se sabe por la tradición, habiendo desaparecido en la sucesión de los tiempos algunos mármoles de gran valía, que la adornaban y embellecían.

Ahora nos encaminaremos á la *Iglesia de San Roque* y aunque sea brevemente la visitaremos, pues aun nos restan ver otros templos y casi todos los monumentos profanos, y el tiempo es muy limitado.

Esta hermosa iglesia fué construida según la arquitectura de Antonio Rossi, excluyendo la fachada que se debe á Valadier. Su interior está dividido en tres naves esbeltas y bien formadas. El altar de la primera capilla de la derecha, contiene un cuadro de mucho mérito y que representa á San Francisco de Paula, ejecutado por Antonio Amorosi.

Sobre el altar de la segunda capilla, se encuentra un cuadro hecho por Baciceio y en el cual se ve la imagen de la Santísima Virgen y otros santos. En la capilla tercera, que está dedicada á la Santísima Virgen María en el glorioso privilegio de su Inma-

culada Concepción, admírase un bellissimo cuadro de Gagliardi; sus frescos son todos de Bigioli. El altar mayor ostenta un magnífico cuadro de Brandi. Junto á la entrada de la sacristía, tropieza el peregrino con el suntuoso monumento sepulcral de Francisco Orioli, gran filósofo y notable médico de su siglo, trabajo perfectamente desempeñado por el arquitecto Antonio Cipolla. Internándose luego en las pequeñas naves se encuentra una primera capilla en la cual se ve un cuadro perfectamente delineado que representa al gran santo Francisco de Paula, pintado por el notable artista Matías. Las magníficas pinturas de la cúpula son de Francisco Rosa. En la capilla siguiente, se observa la pintura en que figura el pesebre del inocente Jesús, ejecutado por Peruzzi.

Con esto hemos concluido nuestra deseada visita á esta iglesia, y antes que el crepúsculo vespertino se presente y nos obligue á retirarnos, sin pérdida de tiempo determinamos ir, aunque con rapidez, á hacer una visita á la *Iglesia de San Pedro en Montorio*.

A unos cuantos metros del famoso Vati-

cano, hacia el Occidente, se dirige el prudente lector, y en un montecito donde se encuentra la estatua de Garibaldi, verá también unas fuentes de agua que mucho le agradarán.

Para poder llegar á este lugar algún trabajo tendrá, pues casi todo el camino que allá conduce, es pendiente y aun los animales algo se sofocan. Sin embargo, un poco de calma y de trabajo y nos encontraremos con un lugar de muchos recuerdos y bastante célebre por cierto. Aquí es donde el príncipe del apostolado, la piedra fundamental de la iglesia, cuyas llaves le fueron entregadas; aquí es donde el valeroso San Pedro fué crucificado. Ya tenemos que ver y meditar, cuando penetremos á este sagrado recinto.

Fué edificado en el lugar mismo donde fuera sacrificado el apóstol á quien está dedicado. Es bien pequeña por cierto, encontrándose afuera en un lugar separado, una pequeñita rotonda ó capilla embovedada, donde se ve ó se encuentra el bendito lugar de su crucifixión.

Hablemos de la iglesia y fijémonos en que es de una sola nave; las pinturas her-

mosas de los frescos que tanta vista le dan y tanto realce le imprimen, y que en la primera capilla de la derecha se ven, fueron ejecutadas por Sebastián Piombo, sirviéndose de los diseños que el gran genio de Miguel Angel le proporcionara. El cuadro de la cuarta capilla y que representa al perseguidor de los cristianos Saulo, montado en un soberbio caballo, del que cae herido por los rayos celestiales, fué ejecutado por Vasari.

Al lado contrario se ven también otras capillas de las cuales en la primera hay un fresco que representa al precursor del Señor, Juan el Bautista y al Divino Salvador, obra de Daniel de Volterra. La siguiente está magníficamente decorada con bellos estucos por Bernini. Las preciosas y valiosas pinturas de esta capilla, fueron ejecutadas por Leonardo el Fiamingo.

Ahora, según decíamos, nos fijaremos en el patio donde se encuentra el llamado templo de Bramante, denominado así por ser este célebre arquitecto quien lo levantara. Todo el edificio descansa sobre un zócalo de piedra; dos capillas se encontrará el peregrino muy reducidas enteramente; aquí es

donde la tradición afirma fué crucificado el príncipe de los apóstoles. Un hermano que lo cuida, con una varita *ad hoc*, nos sacó tantita tierra de un color amarillo, la que con mucha veneración guardamos y como reliquia conservamos.

Salimos de este lugar para dirigirnos á ver los jardines y las fuentes de que hemos hecho mención. Llámase *Fontana Paulina* porque fué mandada erigir por el Pontífice Pablo V, (¡y luego se negará que los Papas son progresistas!) en el año 1612, según los diseños de Juan Fontana y Esteban Maderno: todo el material que se empleó para su construcción, fué traído del que sirvió para el foso de Nerva. Es sin duda una de las más abundantes de agua de las que en Roma existen.

Bello, encantador, sublime es el panorama que desde este lugar se admira tanto de Roma como de sus alrededores. El monumento levantado por el gobierno á la memoria del general Garibaldi, es con memorativo del vigésimo quinto aniversario de la unión de Roma á Italia, y según dicen los inteligentes, es la más bella obra que saliera de las manos del escultor Gallori.

Continuando por el *Janicolo*, se llega á la puerta de San Pancracio, memorable para Roma por el asalto sostenido desde este lugar, por las tropas de Garibaldi contra el ejército francés que pretendía apoderarse de la ciudad.

En la vertiente de la montaña, por el lado derecho de la subida principal, vimos un edificio pintoresco que el señor doctor nos dijo, y la inscripción lo manifestaba, es la Academia Española de pinturas que al rey de esta hidalga nación D. Alfonso XII, debe el estado tan próspero en que se encuentra y á la cual no quisimos entrar por ser ya tarde, contentándonos con admirar su fachada, que es de buen gusto y primorosa.

Con esto dimos fin á nuestra tarea del memorable día 10 de Marzo de 1898, fecha por cierto que nunca olvidaremos, y se quedará para siempre grabada en nuestros corazones, pues en la mañana recibíamos caricias de nuestro amantísimo padre, el Romano Pontífice, y en la tarde veíamos el lugar donde el primer Papa Pedro, muriera crucificado por defender la religión.

Así es que satisfechos nos despedimos citándonos el día siguiente para ver otras

maravillas, las cuales consistirían, Dios mediante, en subir á las bóvedas del admirable Vaticano y visitar su biblioteca, (1)

(1) Fué fundada por el Pontífice Hilario en el Palacio de San Juan de Letrán y después fué transportada á este lugar. Nicolás V contribuyó en gran manera á enriquecerla con varios libros muy raros. Sixto V aumentó su riqueza con varios libros y manuscritos. Al presente contiene unos treseientos mil volúmenes y unos veintiseis mil manuscritos. Al Pontífice Pío V, de memorable recuerdo se le debe la fabricación de este espacioso salón, que fué construido según los diseños del célebre Fontana y cuyas dimensiones son de sesenta y nueve metros de largo y quince metros cincuenta centímetros de ancho, dividido en dos naves separadas por magníficas y esbeltas columnas. Allí pudimos admirar el desprendimiento de Mahomet Aly, regalando á este edificio un magnífico vaso hecho de alabastro. También se ve una gran tabla de granito con hermosos bajos relieves que conmemoran los hechos más gloriosos del Pontificado de Pío VI, así como otros muchos objetos regalados por varios Pontífices.

Nos dirigimos luego al departamento llamado Borgia, que toma su nombre del inmortal Pontífice Alejandro VI, de la casa Borgia, que lo mandó construir. Las pinturas de las dos primeras cámaras que admiramos, fueron ejecutadas por el pincel de Bafilí. Los que se ven en la tercera son del Pinturichio. La sexta y última, decorada convenientemente y con hermosos frescos por Juan de Udine y Pierin della Vaga.

Por último, la sala llamada Armenia Pontificia será el objeto de nuestra visita. A la derecha de la sacristía de San Pedro se encuentra este departamento donde existen muchos cañones y pertrechos de guerra.

única cosa que de este suntuoso edificio nos restaba. Fuimos á dejar al señor Doctor, y después nos retiramos á nuestras habitaciones, fatigados ciertamente, á proporcionarnos un poco de reposo. Hasta el día once, con el favor de Dios.

Antes de todo, y para inteligencia del lector debe saberse que en el frontis de la puerta que da acceso á las escaleras para subir á este magnífico edificio, se encuentran las instrucciones que deben tenerse presentes. En ellas se hace saber que sólo los sábados se permite la entrada, y á personas nada sospechosas. Con tal motivo, siempre en tales días se nota mucho movimiento de personas que afluyen á admirar tanta majestad y á contemplar el bellissimo panorama que desde esas alturas ofrece la ciudad y sus alrededores.

Al llegar se encuentra uno con el que guarda la puerta, vestido de uniforme, á

Sin demora alguna y por ser ya la hora de la libre entrada á la bóveda nos dirigimos á la Basílica, pues recordarán los lectores que cuando nos ocupamos de ella hicimos presente que junto á la capilla llamada del Bautisterio está la que conduce á este lugar. Conque vamos á cansarnos un poco; dirijámonos allá y á satisfacer nuestros deseos.

quien se le saluda y sin más requisito se comienza á ascender.

En las paredes se van viendo con mucha frecuencia varias lápidas conmemorativas de los distintos grandes personajes que sucesivamente han hollado con sus plantas estos lugares, y poco á poco va uno ascendiendo. Llegamos á contar seiscientos noventa escalones hasta la cúspide, faltando sólo por subir la pequeña escalera que conduce á la última bóveda, pues siendo muy estrecha y mucha la aglomeración de visitantes, nos hicieron desistir de nuestro intento. Allí pudimos ver en un cuadro, los datos precisos de todas las dimensiones que tiene esta gran Basílica, primera, sin disputa en el mundo entero; pero la premura del tiempo no nos permitió, muy á nuestro pesar, sacar una copia, lo cual sentimos sobre manera; su longitud es de ciento sesenta metros.

Era de verse cuando en los distintos pisos nos encontrábamos, la graciosidad con que veíamos los objetos que abajo se descubrían, y los que parecían unas miniaturas, que al mismo tiempo que alguna risa provocaban, aumentaban nuestra admira-

ción, y una vez contemplábamos la suntuosidad, la grandeza y magnificencia de este soberbio edificio, orgullo de Roma, madre y cuna del cristianismo.

Eran las doce del día y nos avisaron que había terminado el tiempo de la visita; así es que todos empezaron á bajar y nosotros los seguimos, no sin dar su gala á los diferentes guardias que encontrábamos en los distintos departamentos.

Tomamos distintos rumbos, según la parte por donde vivíamos, á fin de procurarnos un poco de alimento y poder tener fuerzas para seguir en la tarde haciendo nuestras visitas á las iglesias que nos faltaban. Dejamos al señor Doctor en su casa como acostumbrábamos, no sin pasar á ver ántes al Ilustrísimo Sr. Obispo de Tamaulipas, Monseñor Filemón Fierro, para indagar el resultado de la excursión á la Palestina. Tan sólo concluyó de comer, y lleno de regocijo y siempre amable como acostumbraba, nos dijo que todo estaba arreglado, que en la tarde habría que entregar el dinero para que Monseñor Habra se tomase la molestia de sacar los correspondientes boletos.

En esta inteligencia fuimos algunos á importunar á nuestro tesorero, el Sr. Dr. Ruíz, á fin de tener todo listo para cuando llegase la hora. Poco tiempo se empleó en esta operación, y luego nos fuimos á comer para estar preparados á las tres de la tarde, hora en que debíamos marchar para la *Iglesia de San Agustín*.

Así lo hicimos con toda exactitud. Llegada que fué la hora montamos en los carruajes dirigiéndonos á ese sitio.

